

La auténtica vida cristiana tiene luces y sombras
Rebeca Reynaud

Todas las personas, sin excepción, encuentran —en medio de sus gozos y de sus éxitos— dolores y dificultades en su caminar por la tierra, porque la felicidad completa no se alcanza aquí abajo. Cuando se tiene fe, el panorama cambia. Las dificultades, nos pueden hacer ver la inmensa dicha que nos aguarda, porque esos pasos, que responden a un sapientísimo plan de Dios con cada uno de nosotros, nos permiten comprobar el temple de nuestro amor, que cobra más fuerza y mayores ánimos en esos momentos de prueba.

Porque eras acepto a Dios, fue necesario que la tentación te probase (Tobías 12,13). El Señor, que juega con sus hijos como un Padre con sus niños pequeños, quiere siempre lo mejor para nosotros. Se comporta como un gran Artista que desea hacernos *conformes a la imagen de su Hijo* (Romanos 8, 29), y, en medio de tanta caricia, emplea también “palos”, y que en realidad son cariño y providencia.

El camino del cristiano no es un sendero sombrío, sino un camino alegre, lleno de luces y de sombras, en donde hay momentos de triunfo y momentos de dolor — ¡que Él los quiere!—, para que no busquemos el ridículo engrandecimiento de nuestro pequeño yo, sino la gloria de Dios.

Quizás para probar nuestra fe, a veces, el Señor puede disponer que los frutos de su gracia y de nuestra correspondencia, permanezcan ocultos por algún tiempo, incluso largo. El Señor puede permitir que en nuestra vida haya tiempos en que las circunstancias resulten más costosas. Son *momentos de oro* —de purificación— donde se pueden ejercitar la paciencia y la humildad, por amor a Dios. *Con vuestra paciencia salvaréis vuestras almas*, dice el Señor en el Evangelio (Lucas 21, 19).

Dos son las necesidades del hombre: el amor y el sufrimiento. El amor le impide hacer el mal. El sufrimiento repara el mal hecho, afirma María Valtorta.

Hemos de conocer la vida de Jesús, Dios y Hombre verdadero. Nos ha de enamorar, nos debe robar el alma, ese modo natural, humilde, corriente, de comportarse del Señor. Jesús, *no consideró como pieza codiciable el ser igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo* (Filipenses, 2, 6-7). Nunca profundizaremos suficientemente en la lección del Verbo encarnado, que culmina con la muerte de Cristo en la Cruz. Esos lustros de vida oculta en Nazaret, repletos de trabajo, de sucesos normales, ¡de Amor!, constituyen para todos un ejemplo y una enseñanza perennes. Nos muestran el inmenso valor de una existencia sencilla y ordinaria, animada por el deseo de hacer la Voluntad de Dios.

Si me preguntáis qué es lo más esencial en la religión y en la disciplina de Jesucristo —escribió San Agustín—, os responderé: lo primero es la humildad, lo segundo, la humildad, y lo tercero, la humildad (Epístola 118, 22). Y esto es así porque *la humildad es la morada de la caridad* (De sancta virginitate 51). Entonces, para ser mejores instrumentos en las manos de Dios, hemos de fomentar la humildad.

La humildad no consiste en actitudes exteriores, superficiales; es algo muy íntimo, profundamente radicado en el alma. Se manifiesta en el conocimiento profundo y sincero de que no somos mejores que los demás, de que lo bueno que poseemos, es recibido de Dios, es don del Cielo, y, al mismo tiempo, en la certeza de que hemos sido convocados para servir a Dios en medio de las distintas situaciones y etapas de cada uno. Para ello es necesario rectificar una vez y otra los móviles de nuestra conducta, para trabajar bien, sin pretender llamar la atención, pasando inadvertido, y con el gozo de vivir bajo la mirada de nuestro Padre del Cielo.

Dios espera de los cristianos que sean -iseamos!- hombres y mujeres, que en su propio estado y trabajo, sean personas alegres, y que hacen, con la ciencia, con su trabajo profesional y con el ejemplo de una vida coherentemente cristiana, la apología más fervorosa de la fe.

Si somos fieles a Jesucristo, él nos puede utilizar como instrumentos para extender sus acciones de Amor en el mundo, en los quehaceres nobles y corrientes de la tierra. Dios se fía de nosotros, quiere que otros le conozcan por la lealtad y la solidez de nuestra conducta de hijos de Dios.

El heroísmo humano es un acto imprevisto, en cambio el heroísmo del santo no es imprevisto, es la vida. Toda la vida, de la mañana a la noche y de la noche a la mañana; de un mes a otro; de un año a otro. En el calor, en el frío, en el trabajo, en el reposo, en el dolor, en la enfermedad, en la pobreza, en las ofensas. Un collar en el cual cada minuto es añadida una perla; una perla que se forma con lágrimas, paciencia, fatiga. Este heroísmo no descende del Cielo como si fuera maná. Debe nacer de nosotros, tan solo de nuestro interior, dice María Valtorta. El Cielo no nos da más de lo que da a todos.

Hay que pedirle al Señor un ánimo batallador y paciente, constante y maduro, alegre y generoso, que no se doblegue ante los fracasos ni se engría en la exaltación. Nos consta que la empresa que se nos pide la realiza Él, y que es el Espíritu Santo quien realiza la edificación espiritual de cada persona humana.